

Introducción

La ética o filosofía moral es la ciencia que versa sobre nuestros actos en cuanto buenos o malos, correctos o incorrectos. Preguntarse cuándo nuestros actos son buenos o malos es preguntarse por lo más importante y propio de nuestros actos, pues solo cuando los tratamos como buenos o malos –solo cuando los valoramos de esta manera– los estamos tratando como auténticos actos humanos, los estamos considerando según lo que son verdadera e íntegramente.

Con frecuencia, quienes se interesan por esta disciplina esperan encontrar en ella las respuestas a sus preguntas morales: esperan que la ética les diga qué han de hacer y qué han de evitar, qué acción es buena y qué acción es mala. En busca de estas respuestas, acuden a un libro o a un experto, suponiendo que la cuestión de qué es bueno o malo hacer es una cuestión de conocimiento. En buena medida, la filosofía moral moderna se ha cultivado con esta idea, y se ha pretendido hacer de ella una ciencia que nos proporciona un sofisticado instrumental –conceptos, principios, reglas, etc.– que, usado con pericia y precisión, nos permite encontrar respuestas claras y concretas a nuestras preguntas morales. La ética se ha convertido en algo parecido a un saber científico-técnico: una

construcción rigurosa y lógica, de principios, normas y criterios, que podemos aplicar con solvencia en los momentos de duda o perplejidad, para obtener respuestas seguras.

Este modo de concebir la ética lleva a olvidar que lo decisivo de cara a nuestros actos, que lo decisivo moralmente no es el cúmulo de conocimientos de que dispongamos, sino el modo de ser que tengamos; que lo que necesitamos no es contar con un buen aparato teórico y conceptual y con la suficiente competencia para aplicarlo eficazmente, sino poseer una correcta personalidad, un buen carácter: lo que necesitamos son virtudes. Como ha señalado McDowell, si se pudiera responder a la pregunta “cómo debe uno vivir” en términos universales, el concepto de virtud tendría solo un lugar secundario en la filosofía moral. Pero la realidad es muy otra. Ocasión tras ocasión, uno sabe qué hacer, no aplicando principios y reglas universales, sino siendo cierta clase de persona: la que ve las situaciones de una determinada manera, con la verdad y claridad que la virtud proporciona (J. McDowell, “Virtue and Reality”, en R. Crisp and M. Slote (eds.), *Virtue Ethics*, Oxford University Press, New York, 2001, p. 161).

La respuesta a la pregunta por cómo hemos de vivir, cuáles han de ser nuestras acciones no proviene de aplicar principios y normas universales, que es de lo que sabe la ciencia. Para dar con esa respuesta, lo que hace falta no es una mente bien entrenada y provista de conocimientos especializados. La vida es demasiado rica en situaciones diversas, particulares y plurifacéticas como para poder ser dominada mediante un sistema de axiomas y reglas, mediante un método concienzudo para obtener respuestas fiables.

No podemos perder de vista que la pregunta moral, la pregunta por la acción buena, no es una pregunta reservada para momentos excepcionales, singularísimos, para tesisuras de enorme trascendencia y gravedad. Es una pregunta permanente, cotidiana, que se nos plantea ante cualquier situación, y que, por muy ordinaria

e intrascendente que sea o parezca la situación, esa pregunta no deja de ser una pregunta *moral*. Pero esto es, precisamente, una de las cosas que la ética entendida como una ciencia de soluciones morales lleva con facilidad a pasar por alto, porque la misma complejidad de su entramado y la misma competencia que exige su aplicación hacen pensar que las cuestiones morales han de ser, en el fondo, pocas, intrincadas y especialmente graves.

Junto con esto, la aspiración a proporcionar soluciones morales claras y seguras, ha llevado a la filosofía moral a desatender la virtud, a tratarla –en el mejor de los casos– como un tema secundario, como una realidad, ciertamente, valiosa y encomiable, pero no estrictamente necesaria para saber qué hemos de hacer y para hacerlo. La virtud ha dejado de ser para muchos el centro de atención de la ética, porque el esfuerzo de la filosofía moral se ha centrado en buscar el modo de que la razón pueda remontarse a un principio perfecto, a una premisa universal, a un punto de partida incuestionable y garantizado frente a nuestras propias deficiencias morales –nuestra falta de virtud–, desde el que la razón pueda avanzar con seguridad, desarrollando criterios y normas cada vez más concretas y articuladas, que nos proporcionen las respuestas que necesitamos. Lo que parece buscarse es un saber moral tan riguroso, claro y de aplicación tan eficaz que haga innecesaria la virtud.

Pero este proyecto es infructuoso y desorientador, pues desvía nuestra atención de donde debería estar centrada –la adquisición de la virtud– y la dirige hacia esperanzas que no pueden ser cumplidas. Es cierto que la ética, como reflexión teórica que es, nos proporciona conocimientos generales sobre nuestra vida moral, que son de gran valor y utilidad. Pero el valor y utilidad de estos conocimientos reside principalmente en que ellos mismos nos remitan a la virtud, nos den una razón más profunda –más profunda que nuestra misma experiencia– de la necesidad de buscar la

virtud si queremos acertar en nuestras acciones, en nuestro modo de vivir. Una ética que, en lugar de darnos razones para la virtud, pretende darnos razones para que nos confiemos a ella como técnica rigurosa de legislación moral, es una ética engañosa, que no puede cumplir sus promesas.

En el fondo, la verdad moral, en su significado más pleno y profundo, no es la verdad de lo que hemos de hacer en un momento o en otro. Es la verdad de lo que estamos haciendo ya y del porqué lo estamos haciendo. Es la verdad de nosotros mismos, de quiénes somos en cuanto sujetos de deseos y acciones. La verdad moral es la verdad de lo que estamos deseando al desear cualquier cosa concreta, y la verdad de lo que estamos realizando al realizar cualquier acción particular.

Y conocer esta verdad no consiste en captar un contenido que una ciencia puede poner delante de nosotros. Conocerla consiste en realizarla, en *serla*: en lograr ese modo de ser que llamamos virtud. Por esto, el sentido de la ética o filosofía moral no puede ser otro que ayudarnos a entender qué es la virtud y por qué es necesaria, pues hacernos conscientes de la necesidad de la virtud es ya el primer modo de ayudarnos a adquirirla.

Las páginas que siguen son, en gran medida, una versión sintética de mi libro *Deseo y verificación. La estructura fundamental de la ética*. Siguiendo la sugerencia de algunos colegas, he intentado exponer de una forma más breve y sencilla, y con ligeros cambios de estructura, las principales ideas tratadas en ese texto anterior, pensando en un público más amplio, al que quizá no le interesen especialmente las controversias más académicas y las referencias bibliográficas. De las primeras, he prescindido de casi todas en esta ocasión; de las segundas, he mantenido solo las que me parecen más importantes.